

ECOS DE LA VIDA LITERARIA

Al margen

EUGENIO, EL EUROPEO

Un acabado producto de la Alemania que encandiló nuestra mocedad: de una mítica Alemania en que contaban, sin duda, «las alegres chicas de Berlín», el vino —o cerveza— y las canciones. Pero mucho más, siquiera a nuestros ojos, la plástica expresionista o el surrealismo de un Max Ernst, los montajes escénicos de Reinhardt y los papeles de Moissi, los sarcasmos de las «Hausposse» brechtianas, los cuentos de Kafka y Rilke, y Furtwängler; el soberbio equipo en torno a la editorial Ullstein y la amistad con Maria Hess, la hija del patron; el incuestionable prestigio universitario; participar de las reuniones muniquesas de Vossler, ser de los incondicionales de Ernst Robert Curtius, cartearse con Petroni o Spitzer, forzar el coto cerrado de Tubinga.

Un paradigma de aquella Alemania. De la vieja Suabia, corazón de Europa y cuna de sus dinastías asomada a Francia, Austria y Suiza, cenida por el legendario Rin de abadías y castillos, en el idílico esplendor de sus ríos con viva tradición gremial y de gloriosas universidades cuyos penates se llamaban Fausto y Kepler, Schiller, Schilling, Hegel y Görres (o el propio Goethe), también Hölderlin, von Arnim y Mörike. De una juventud, que apostara al día siguiente que fue la acción —truncada a balazos— de Walter Rathenau (modelo para el antagonista del musiliano Ulrich, «hombre sin propiedades») y por el europeísmo de Stresemann. Y, templada en el tónico y vagante espíritu Wandervoget, del estudiantado que inundaba la vida a los viejos castillos, ambulaba en procura de los mejores maestros. Allí donde se hallaren. El nuestro, por ejemplo, de una temprana inclinación por el círculo de Bingen, que en torno al poeta George agrupaba a los Gundolf, Klages, Wolters, Bertram (e incluso al conde Stauffenberg, el coronel, lustros después, del frustrado atentado contra Hitler), pasó luego a las lecciones florentinas del patriarca Mazzoni y a las del no menos cotizado A. G. Cesarò, en Palermo; cursó semestres en Ginebra con el gran Thibaudet y, a seguido, en Milán bajo la guía de Borgese y Lavinia Mazzuchetti, hasta graduarse en la Heidelberg de Curtius. A la postre, el doctorado en Genova, en la Universidad de Rensì, de Pellizzari, del internacionalista Fedozzi y el economista y poeta Sella, con quien compartía el hospedaje. Digase para comprender su alergia al régimen que entonces se abría paso en Alemania.

Un germano, demasiado chico para participar en la Gran Guerra mas no para sufrir las resultas, una vez que el próximo refugio helvético se hizo inoperante. La escuela a salto de mata y el crece como quieras, o puedas, mientras los adultos andaban en las empresas con mayúscula; el sucesivo derrumbe de estos valores y las penalidades sin cuento —erios que se hacían con las pistolas de los desertores, para trocárselas por comida—; la sobrevivencia por el camino de un realismo, que las exigencias de su densa preparación cultural (sólo en diccionarios tenía una portentosa biblioteca) llevaría de par con buena dosis de egoísmo y una moral algo hedonista, fueron sobradas notas para configurar el cosmopolitismo; aquel europeísmo que habría de marcar honda huella en mis recién estrenados veinte años y le distinguía, personal garabato, en cuantas empresas acometió.

Empresas sin cuento. En primera, la formación de una escuela genovesa de germanistas (y europeístas), de la cual traigo por destacado ejemplo el nombre de Mario Puppo. Después, en Rapallo, donde nos instalamos, merced al encuentro con Pound y Crommelynck, Kokoschka y otros pares surgió el suplemento literario del local «Il Mare», muy sensible antena en la Italia de entonces, y organizó unas, músico él, celebraciones mozartianas —con renombrados solistas venidos de ambos lados del océano— que marcaron época. Editor en Génova, más tarde, con las primeras traducciones europeas de Kafka y Henri Miller, entre otros. Llamado en el interin a Roma, por el Instituto Central de Estadística, y reducido —en razón del régimen triunfante en su patria— a correspondencias de tipo cultural, se desarrolló en él un periodismo fotográfico de altura, sea en orden a riquezas arqueológicas, sea en lo tocante a bellezas de Cinecittà, un campo que labró a fondo, de campaña con su viejo amigo Zavattini. Esas dotes, y su mantenida relación con la «intelligentsia» italiana, le valieron formar entre los fundadores de «Tempo», el semanario de Alberto Mondadori que revolucionaría las prensas no sólo del país. Como, en la pendiente abajo de la guerra, ese su italianismo (más la feliz designación de su viejo amigo Rahn, para embajador del Reich) resultaría providencial para tantos intelectuales y artistas italianos, y para la Génova de sus amores.

Aquí, la otra patria de sus amores, de antiguo recorridas sus tierras y dominada su cultura (no olvidaré la parte que tuvo en el aprecio italiano de nuestra generación poética del 27, o en animar a Ungaretti y Montale a traducir nuestros clásicos), cuento de no acabar sería enumerar sus empresas. Pondré la renovación de los modos fotográficos, desde la primera colección metódica, y moderna, de promoción de nuestro turismo con acento cultural; las guías de Noguera; o las que nuestras regiones escribieron, o puso al día, para la reputada colección Grieben. Otra de más empeño, «Epikurische Spanien», aquí concertada para editar en varias lenguas (todas de su redacción), quedará en la cuneta.

Porque el Dr. Phil. Eugen Haas, nuestro amigo, el violinista y conferenciante,

HORAS DE COMPRESION

ITINERARIO HISPANICO DE SERGIO VILAR

Ya Miguel de Unamuno ponderaba hace años, refiriéndose al llamado problema de Cataluña, aquellas lejanas horas «de comprensión, de cordialidad y de veracidad». La frase, con su triple aspecto cualitativo, se habrá repetido sin duda muchas veces, como prueba de buena fe y optimismo; pocas veces, sin embargo, con tanta expectación como en estos últimos tiempos críticos. No se puede negar, claro es, al magnífico propósito un fondo sustancial que trasciende a épocas remotas y ejecutorias de nobleza espiritual: parece galopar sin cesar como un aventurero por los horizontes históricos. Sí, hay que estudiar el problema. Todavía lo estamos estudiando; hoy, con métodos nuevos. Con todo, «el problema que hemos de resolver con mayor urgencia es el problema general de España».

He aquí, en pocas palabras, el criterio que ha presidido, de punta a cabo, la tarea afrontada por Sergio Vilar en su ambiciosa obra «Cataluña en España» (Barcelona, Aymá, S. A. Editora). Es tal el sentido «praegnans» del título, que el autor se ha visto obligado a desarrollarlo bajo el epígrafe de «Aproximación desde Cataluña al espíritu y los problemas de las regiones españolas»; por si no fuera aún bastante, el ámbito de las regiones queda delineado en la cubierta del volumen: País Vasco, Galicia, Castilla, Andalucía, sin contar las naturales prolongaciones históricas de Cataluña, es decir, el País Valenciano y las islas Baleares. ¿Quedan así establecidas, de nuevo, fronteras especiales contra el normal desarrollo del pensamiento y los abrazos de la comprensión? Sergio Vilar se anticipa a la posible objeción, aunque sin aducir razones de carácter intrínseco. Por motivos de «tiempo» y «espacio» no ha intentado en su nuevo viaje a España, o a las Españas, como se decía en otro tiempo, sino una primera aproximación al tema. Pero su aproximación —hermoso vocablo puesto en boga a partir de las teorías de J. Vicens Vives— cubre sin duda las zonas de mayor enjundia y más reconocida personalidad.

En las regiones, efectivamente, que de 1966 a 1968 fueron objeto del itinerario indagador y diligente de Sergio Vilar, se encuentran «esas últimas Españas en tensión dialéctica permanente— y, a menudo, en clara lucha de clases— respecto a la España señorial, la España de los monopolios o la España de los latifundios», que queda diluida a veces en esa noción oficial, quizá vaga, pero real, porque nos duele y acosa en todo momento. No son exclusivamente cuestiones lingüísticas y culturales las que se deben resolver. Ciertos problemas, por graves que parezcan, quedan empujados a un lado por otros de carácter político, económico, social y pedagógico que esperan una auténtica administración de justicia. No otro es el programa que Sergio Vilar se ha propuesto desenvolver a lo largo de estos centenares de páginas, fruto generoso de meditaciones, lecturas, viajes y coloquios. Podrá ser el suyo un espectáculo deprimente a veces o discutible; nunca, la verdad, impersonal, indirecto o indiferente. De aquí, el poder de atracción que ejerce «Cataluña en España», pese a su intención de sofoocar, en su misma raíz, toda afirmación gratuita y de renunciar, por sistema, a toda tramoya sensacionalista. Que ciertas mentes, fundamentales desde luego en nuestra perspectiva histórica, han imaginado, como Menéndez Pidal, que las regiones de la periferia no produjeron los nombres «esenciales» para representar la política o la cultura española, o se han atrevido a decir, como Ortega y Gasset, que «sólo cabezas castellanas tienen órganos adecuados para percibir el gran problema de la España integral»; Sergio Vilar no se deja arrastrar nunca por tan descomunales —en uno u otro sentido— afirmaciones, dirigidas a una problemática galería. Sabe perfectamente que con puntapiés de este calibre no se marca nunca gol..., como no sea en el propio marco.

La hazaña resulta siempre, para un público juicioso, sumamente cómica. Sergio Vilar, en su afán de ser en todo momento veraz y objetivo, se acerca, desde Cataluña, a las otras regiones con el acendrado anhelo de comprender, con el designio de evitar conflictos, con cariño, apasionamiento e inquietud. Y ello, tanto si se engolfa en sus peripecias históricas como si pone los ojos en sus personas o sus paisajes. Sólo así tiene sentido la ética de la investi-

gación. Si admira con cierta cautela, por sus obligadas «inyecciones», la potencia industrial de Bilbao, siente cómo las viejas piedras de Santiago tumban su tacto y deplora tantas formas de pobreza basadas, paradójicamente, en la riqueza. Su emoción ante la descabellada frecuencia de espejismos se subleva a veces hasta alcanzar, como sucede en su viaje por Andalucía, el tono de la indignación, más acentuada aún por las falacias psicológicas y los delirios líricos. Todo esto es, a la postre, sano, limpio y constructivo. ¿Qué se gana con someter análisis y visiones al único color de un cristal ilusorio?

Esta actitud obliga inexorablemente a desviarse de lugares trillados, a deshablar docenas de máximas aceptadas sin pestañear, a truncar ilusiones, romper chisés, negar supuestas evidencias. Sergio Vilar se dedica constantemente, por medio de sus reflexiones y exposición de hechos, a cada uno de estos quehaceres. Sólo por ello merece nuestra adhesión. Quizá descuelle, entre ellos, el de enderezar la opinión, tan arraigada en la periferia, sobre la manoseada tiranía de Castilla. Es cierto que la rectificación puede presentar antecedentes tan ilustres y poco sospechosos como el de Rovira i Virgili, cuando proclamaba: «No fue Castilla la que oprimió a Cataluña, sino la Casa de Austria». Pero el cargo sigue, para muchos, en pie. Nada más útil ahora que cotejar las sumarias impresiones de Vilar con la explicación que del tema nos dio Anselmo Carretero y Jiménez en su inestimable obra «La personalidad de Castilla en el conjunto de los pueblos hispánicos», recientemente ampliada en su tercera edición (Valencia, Fomento de Cultura, Ediciones). Si, ante el tema, el profesor Elias Diaz concluye con la patética exclamación: «¡Pobre Castilla!», Anselmo Carretero da cima a su disertación puntualizando: «No, amigos catalanes, no: Castilla no ha oprimido a Cataluña, ni a ningún otro pueblo de España, ni directamente ni por mediación del Estado español; antes bien, de todos ellos ha sido el más perjudicado por el centralismo estatal».

Quizá resida en el último concepto el «quid» del confusioismo. ¿Cuántos pasos hay que andar todavía para lograr el entendimiento recíproco de nuestros pueblos! Situándonos en el frente opuesto, ¿no abundan los que, contagiados del desorden mental, ven en toda manifestación del espíritu catalán una rebeldía separatista? Sergio Vilar, valenciano en Cataluña y catalán en Valencia, arrostra sin miedo el espectro. Las pruebas y testimonios con que se resguarda no admiten discusión. Quizá los resumí más brevemente, bajo el ropaje de un simil, J. Ferrater Mora: «El gegant del separatisme és un moli de vent; qui vulgui enfonsar-li la llança que ho faci, però que no es refii que en traurà molta sang». Acaso la proximidad no deja ver la comunidad de rasgos históricos: hay que pulsarlos desde fuera, en la lejanía, «rondant pels Camps Elisis».

Hemos entresacado dos ejemplos entre la maraña de temas que se ventilan en la obra de Sergio Vilar. Para poco más daría de sí un comentario. Mas ellos solos sirven para orientarnos en medio de la intrincada selva que debemos recorrer todos los días con el corazón y el pensamiento. O contra los fantasmas, y son tantos, que pueblan nuestra conciencia oscura. Podrían aplicarse estos ejemplos, «mutatis mutandis», a tantos contrastes, vocaciones diferentes y tipos humanos realmente contradictorios que integran el mágico mosaico de las Españas, capaces de concretar «suficientes» oposiciones para crear antipatías instantáneas, pero, eso sí, a simple nivel de anécdota. «Nada más, sin dudas», resume Pierre Vilar, otro sagaz investigador sinónimo por el apellido del autor de «Cataluña en España», de nuestras características históricas y étnicas. Sergio Vilar no podía aspirar a exponer en docenas cincuenta páginas la totalidad del panorama ni a presentarlo siquiera en su debido equilibrio de líneas y módulos. Quéten no tengá presentes sus intenciones, saldrá del recorrido con renovada sed de informes, noticias y razonamientos. Pero ¿no es éste, en el fondo, el objetivo de Vilar?

Forzosamente, y por la misma exigencia del título, el Principado —con sus «extremaduras»— ocupará la mayor extensión del libro. Desde Cataluña el pensador va ha hacer el balance sobre el estado de los negocios a lo ancho y a lo hondo del país; hace su viaje por España teniendo en todo momento a Cataluña como punto de partida, «no sólo en sentido material, sino también, o mayormente, con intencionalidad espiritual». Y de las zonas estudiadas regresa al punto de partida. Con la convicción quizá más afirmada sobre la rampa de su lanzamiento: la que ve en la supuesta «unidad» un factor «inmóvil que pretende inmovilizar cuanto atarca», mientras patrocinia en la verdadera «unión» el término dinámico prometedora de las más fecundas tareas. Sólo por defender esta distinción quedará justificada, a los ojos de muchos, la fatiga geohistórica de Sergio Vilar.

Miguel DOLC

MESA DE REDACCION

DE PREMIOS

Sendos jurados internacionales, reunidos en La Habana, han otorgado los premios Casa de las Américas, para libros inéditos, y en castellano, de poesía, novela, relatos, ensayo sociológico hispanoamericano y teatro no representado. Los premios concurren cerca de quinientos originales, casi la mitad de los cuales eran poéticos, y 99 los de teatro. Los premios han recaído, por unanimidad, para la poeta (José Agustín Goytisolo en el jurado, entre otros) «La taberna y otros poemas» del salvadoreño Roque Dalton; en «La canción de la crisálida», novela del boliviano Renato Prada Oropeza, y mención para «Crónica falsa de extraños sucesos» del venezolano Szychman (Alejo Carpentier, en el jurado); «Desnudo en el tejado», relato del chileno Antonio Skarmeta —el chileno Carlos Droguet, el cubano Cardoso, el inglés Jean Franco y el argentino Urondo, el tribunal— y recomendación especial de «Comandante de América», del ecuatoriano Vicente E. Carrión; el de ensayo (en el jurado, el alemán H. M. Enzensberger, entre otros a «Perú 1965: una experiencia guerrillera», del peruano Héctor Béjar; y el teatral fue a «El cruce sobre el Niágara» del peruano Alonso Alegría, con menciones para el mejicano Alejandro Galindo («El juicio de Martín Cortés») y el peruano César Vega («Ipacankure»). Esta vez, pues, no hubo ganadores entre los concursantes españoles.

Resuelto ya en el tránsito del año, el IX concurso de cuentos literarios Ciudad de Badajoz ha sufrido una revisión en su fallo, al comprobarse que —conculgado una de las bases— el trabajo galardonado con el segundo premio ya fue objeto de publicación: en el «Diario regional» de Valladolid, el 5 de mayo precedente. En consecuencia, los premios van del siguiente modo: 1.º, a «Retumba el chivo», original de Antonio Gamoneda (León); 2.º, a «La encerrona», por Eduardo Mendicutti (Jerez de la Frontera); y 3.º, para «Cain de 8 a 9», de E. Cerdán Tato (Alicante).

65 manuscritos, 23 de los cuales el fotógrafo, periodista y promotor de tantas iniciativas culturales, el hombre de negocios y de mundo que infinitas relaciones trabó por toda la piel de toro, de continuo metido en su «Mercedes» para cubrir la etapa entre nuestro país y el suyo, esta vez quedó allá. Un ataque cerebral le dejó sin habla —a él, precisamente— y, en un mes, se lo ha llevado de la europeísima Munich. In pace. — M.

proceden de Hispanoamérica y otros 4, de diversas capitales de Europa y Norteamérica, concurren al premio Biblioteca Breve, de la novela en lengua hispánica, que se adjudicará en nuestra ciudad el próximo día 28. Novedad en el jurado de hogaño, la sustitución del peruano Vargas Llosa (retenido por compromisos académicos en América) por el colombiano, y barcelonés de elección, Gabriel García Márquez, el autor del descomunal «Cien años de soledad».

BAJAS EN LAS LETRAS ARABES

Casi ochentón ha muerto el gran poeta libanés Bishara al-Juri, quien por lo incisivo de sus composiciones mereció el apodo de Pequeño Aitaj. Sus versos, en donde la tradición árabe va de consuno con la innovación occidental (y entre los cuales descuella el diván «El amor y la juventud») alcanzaron considerable difusión, por su calidad, como por el renombre que al-Juri se ganó en el ejercicio periodístico. Otra baja sensible, que de algún modo nos toca por tratarse de un descendiente de los reyes moros de Almería, es la del eruditísimo escritor tunecino Hasán Husni al-Sumadhí, excelente crítico literario y autor de no pocas obras de investigación, en buena parte consagradas a la historia de España en la época en que sus antepasados gobernaban tan señalada parte de nuestro país. Este último detalle, siempre presente en su espíritu, solía aparecer —según amablemente nos comunica el profesor y arabista Juan Vernet— en su correspondencia privada, en prueba de su añoranza por el viejo solar.

AGUA XIFRÉ
EXCELENTE AGUA DE MESA
Facilita la digestión y la diuresis. Manantial situado en pleno bosque del Montego (San Celoni) en terrenos debidamente protegidos. Acribros de agua frescuenta.
VENTA: En principales ESTABLECIMIENTOS
Diputación, 100 Tel. 223.49-89

11.º Volúmen de la COLECCION CIENTIFICA DE LIFE
FENOMENOS ATMOSFERICOS
El tiempo es demasiado importante para dejarlo solo a los meteorólogos. Este libro os invita a participar en su estudio, comprensión y uso.
Precio 345 Ptas.

12.º Volúmen de la COLECCION DE LA NATURALEZA DE LIFE
LOS PECES
Un extraordinario viaje bajo la superficie de las aguas, por un mundo fantástico, palpitable de vida.
Asombrosas fotografías submarinas.
Precio 295 Ptas.

PIDALOS A SU LIBRERIA HABITUAL O AL DISTRIBUIDOR
COMERCIAL ATHENEUM, S. A.
Consejo de Ciento, 130-136 BARCELONA, 75